

Capítulo I
GIGIRI

Lo único que Halley Canary, chilena-norteamericana residente temporal en Kenia, tuvo claro del asunto que se empieza a narrar, es que un día preciso, sin duda el más atroz de su vida, fue atacada y vejada por varios individuos; la violaron, la golpearon con salvajismo y la dejaron abandonada en un descampado, bajo la lluvia, en plena noche. El ataque ocurrió en el barrio de Gigiri, pródigo en mansiones y embajadas, un hermoso domingo preñado de veleidades climáticas. Y en un lugar tan chic como el Club de Golf de Nairobi, para mayor ironía.

Halley había llegado allí con el propósito de cumplir con un rito personal; y también porque el día era magnífico. Cuando una tarde se revela pródiga en los negros nubarrones que pregonan la inminencia de la tormenta, y el sol, porfiado, logra asomar e iluminar la tierra, haciendo destacar los contornos de seres y cosas, entonces los amantes de la naturaleza saben que es la hora de los árboles. No hay espectáculo comparable en esta tierra, y lo mejor de la cultura forestal británica, herencia del período colonial británico, había hecho del Club de Golf de Muthaiga el más bello parque de Nairobi.

Es la hora en que los amarillos se transmutan en dorados, los verdes compiten en intensidad y originalidad, los rojos llegan a herir la vista. Cada flor parece esforzarse por mostrar que sus colores son superiores. En los sentidos del paseante se imponen primero que nada las mimosas, con sus suaves capullos amarillos y sus fragancias intensas; luego la vista se recrea en los variados rojos de flamígeros, patas de camello, plumillas, eucaliptos, pimientos y tuliperos de África que, competitivos, se esmeran con su variedad cromática, con su repertorio de formas y tamaños, con sus aromas delicados y misteriosos. Los amarillos vuelven cuando el ojo los logra diferenciar y empiezan a descollar los canelos de China, los tipus de Sudamérica, las casuáridas.

Mas una vez que la borrachera de colores cálidos pasa, y la pupila puede apreciar matices y sutilezas, son los rosados los que predominan, sean de los castaños del Cabo o de los ciruelos en flor; para que al final, como un premio, el ojo se detenga en uno de los árboles más espectaculares del mundo: el jacarandá de flores violetas, originario del Brasil. A ellos se suman todos aquellos árboles que apenas dan flores, pero que con sus troncos poderosos, sus hojas multiformes, sus refrescantes verdes, dan forma a los lujuriosos bosques del África Oriental: los baobabs sagrados, los alcanfores, las higueras salvajes, los mangos y la múltiple variedad de espinadas acacias y palmeras generosas.

Aquella constituyó, pues, una de esas jornadas benditas que todo caminante solitario ansía gozar, egoísta, sin interferencias, y que busca con afán de coleccionista. El sol a ratos asomaba y a ratos se escondía, retozón, en medio de un escuadrón de nubes, cuyos tonos y texturas oscilaban entre el blanco algodón y el gris intenso, dejando pasar fragmentos de cielo de diferentes matices de azul. Truenos y relámpagos atestiguaban, a lo lejos, que en alguna parte la tormenta estaba en su apogeo. Pequeños chaparrones seguidos de cálidos rayos

solares regalaban al paisaje arcoiris y luminosidades, mientras del suelo se levantaban nubecillas de vapor, prestando surrealidad a los contornos. No hacía ni frío ni calor. La naturaleza era una verdadera sinfonía. Vientos tibios, olores vegetales, intenso piar de pájaros, chirridos de insectos, todo unido aunque distinguible, prestaban al paseo un carácter multisensorial único. Ni un ruido disonante rompía el hechizo. Puede sonar cursi, pero tales eran los sentimientos de Halley Canary ese domingo de abril. Nunca fue Kenia más hermoso para ella que en esos instantes mágicos.

Halley buscó en el césped un lugar limpio de hormigas y se tiró de espaldas en la cuidada cancha de los golfistas. Se sintió voluptuosa mientras escuchaba piar a los pájaros y contemplaba la batalla celeste de las nubes negras versus las nubes blancas. En las copas de los árboles observó a unos monos desordenados espantar a unas grullas, que se alejaron solemnes, demasiado altivas como para molestarse con tales advenedizos. Un pajarillo minúsculo, que se equilibraba en una delgada rama saliente, se largó a cantar en unos tonos complejos y sonoros, incompatibles con su tamaño. La muchacha se rió de ese circo natural. Se hallaba feliz con su paseo.

Pronto sobrevino el breve atardecer típico de Nairobi. La puesta de sol se mostró amable y maravillosa. La muchacha se embriagó con los cambios de colores, tan rápidos que el horizonte parecía algo así como una serie viviente de cuadros de Kandinsky, aunque mucho más bárbaros, pensó. En ese rato creyó comprender varias cosas: la teoría del color, el expresionismo abstracto, los cultos solares, el mito de África. Su pelo se agitó con la brisa fría, anunciadora de la noche. Estuvo tan cerca de la felicidad total que no pudo retener las lágrimas. Se quedó hasta el final del atardecer en ese extenso prado del Club de Golf. Aunque en todo momento fue consciente que no debía dejarse alcanzar por la noche. Sabía que era demasiado peligroso. Pero se arriesgó. Y perdió la inocencia para siempre.

Fueron unos pocos segundos de transición entre el éxtasis, la contemplación... y la pesadilla. Unos pasos rápidos, unos gruñidos, unos brazos que la agarraban, unos empujones y al suelo. Luego, su furiosa aunque vana defensa, la imposición de la fuerza bruta, unos hedores repugnantes. Recibió un golpe en la cabeza que la hizo perder el conocimiento en forma parcial, su boca fue cubierta por una tela inmundada. Luego escuchó los gemidos bestiales de los atacantes. El peso sobre su cuerpo. La sensación de sus embestidas en las entrañas. El descenso a la nada.

Luego diría ella que la vejaron con la máxima rabia, perdonando la sutileza. Como si estuvieran cobrándose alguna ofensa. Cuando despertó de su desmayo, se halló tirada de espaldas en el suelo y empapada, su zona pélvica invadida de un dolor lacerante, en tanto sus piernas estaban como adormecidas. Sintió los muslos húmedos y pegajosos por la sangre que manaba desde su vagina, que suponía desgarrada. Era una sensación como si hubiera quedado adentro algo que la estaba hiriendo con insistencia; la misma sensación de una gruesa y ríspida espina de pescado atravesada en la garganta, que iba penetrando con fuerza cada vez mayor. Ya las hormigas negras la habían descubierto y contribuían con sus mordidas a sus penurias. Al moverse, Halley sintió una punzada en el ano, que adivinó también mancillado. Percibió el olor acre de su propia sangre. En la oscuridad total de ese bosque recordó que podía ser atacada por una fiera y el pánico se apoderó de ella. El barrio de Gigiri está cerca de uno de los límites del Parque Nacional de Nairobi, y era frecuente que hienas y leones salieran, cruzando las derruidas cercas, en busca de presas fáciles. Había escuchado historias macabras al respecto.

Cuando logró ponerse de pie, caminó sin rumbo durante un lapso que no pudo precisar. Notó que había perdido su reloj. Un vahído la hizo caer al suelo, donde su cabeza

golpeó contra algo duro, una piedra, imaginó. Perdió el conocimiento durante otro intervalo de tiempo, indefinido para ella. Despertó para sentir que unas gotas de lluvia, gordas y duras, caían sobre su cuerpo, rígido y entumecido.

De pronto, percibió unas luces que se movían. En medio del dolor y el miedo, la invadió una oleada de vergüenza y creyó sonrojarse en la oscuridad. Oyó voces de gente por encima del croar de ranas anunciadoras de lluvia, que la había acompañado durante todo su martirio; sintió unos brazos que se apoderaban de sus hombros y piernas, percibió el olor a gasolina de un vehículo y luego el percibió el contacto de una camilla fría. La destartalada ambulancia, que adivinó viejísima por la suciedad y el abandono de su interior, partió traqueteando mientras hacía sonar una sirena afónica. Halley Canary perdió de nuevo el conocimiento, en medio de una arcada.

Llegando al Hospital Aga Khan de Nairobi, volvió a despertar para sentir que la depositaban encima de un camastro. Pudo contemplar sus piernas manchadas de sangre seca hasta los calcetines; la embarrada falda se había pegado en parte a los muslos. Se sintió la mar de desgraciada y se odió por haber provocado esta situación con su tozudez, con su insistencia en hacer el número de la mujer independiente en una sociedad plagada de primitivismos que ella no entendía; machista a nivel grosero en sus actitudes, por añadidura.

Se le aproximaron unos enfermeros negros. Halley empezó a gritar histérica que no quería que nadie la tocara. Sus alaridos provocaron una pequeña revolución en la sala de primeros auxilios. Una enfermera, también negra, se acercó con ánimo de tranquilizarla, pero Halley redobló sus aullidos. Luego apareció un médico asiático que con palabras serviles y un halo de olor a *curry*, intentó explicarle que necesitaban su cooperación para curar sus heridas y devolverle la salud. De nada sirvió su discurso; peor aún, lo odió a causa de su ridículo acento y

sus modales colonizados. Pasó por su mente, a contrapelo de los sufrimientos, la imagen de Peter Sellers parodiando a un hindú en el filme *La fiesta inolvidable*.

Halley prorrumpió en un llanto copioso mientras se acurrucaba en posición fetal. Contaría después que poco le faltó para empezar a chuparse el dedo meñique. A través de las lágrimas pudo adivinar las morenas caras asustadas que la observaban, simulando indiferencia. La náusea volvió a dominarla. Al final apareció una enfermera blanca que tenía todos los aires de ser la jefa. Golpeó las manos, masculló un par de órdenes con precisión británica y todo el mundo abandonó la sala. Descorrió unas cortinas y quedaron solas. Se acercó a ella y con la mayor frialdad le pasó la mano por la frente y el pelo. Para Halley Canary fue el máximo gesto de amistad y cariño. Tomó la mano de la enfermera y derramó otro efluvio de llanto. Ella la separó con suavidad no exenta de firmeza. En eso apareció una enfermera negra con diversos lavatorios, algodones, gasas y botellas que se adivinaba eran desinfectantes y medicamentos.

La inglesa empezó a curarla, mientras le hacía preguntas acerca de lo que llamó el «accidente». Halley sintió como le introducían un apósito, empapado de un líquido que le produjo alivio y un poco de escozor. La enfermera le hizo levantar las piernas y ponerlas en uno de esos aparatos que se usan para los alumbramientos, mientras trabajaba sobre sus partes. Sintió que la afeitaba, lavaba y luego desinfectaba con sumo cuidado. La negra le iba renovando las gasas con gestos mecánicos. Luego le hizo dar vuelta para examinarle el trasero con una linterna, mientras procedía también a curarla.

Cuando Halley volvió a su posición de espaldas, notó que un viejo doctor, también europeo, había estado todo el tiempo observando las maniobras de la enfermera. El hombre se acercó a ella, la auscultó y le tomó la presión en silencio, y por último le preguntó por su familia. Ella le explicó que estaba sola en Nairobi y que su única referencia era la organización

donde trabajaba, y que no tenía más que agregar. El viejo le explicó con paciencia que la policía la interrogaría a la primera ocasión propicia, y que debía hacer un esfuerzo por identificar a los culpables.

La enfermera inglesa se acercó e intercambió unas pocas frases con el médico antes de abandonar la sala. El Dr. Curston, que así se llamaba el anciano galeno, era el director del hospital, un octogenario obsoleto y extraviado, pero de discreta gentileza. Se alejó también, sin dejar de reiterar su pedido de cooperación y deseándole un buen dormir. Volvió la enfermera negra, quien le puso una inyección luego de vestirla con una especie de casulla blanca con olor a desinfectante. Halley se durmió casi de inmediato y no supo más de nada por ese día.

No supo tampoco cuánto tiempo transcurrió hasta que despertó en otra cama, con su propia camisa de dormir, flores y libros en el velador, y un humeante y oloroso café con leche frente a ella. No pudo menos que emocionarse ante esa inesperada recuperación de la normalidad del mundo. Tenía el recuerdo leve de que la habían despertado para nuevas curaciones, pero tal vez fue un sueño, pensó. Iba por la mitad de su desayuno, que le supo delicioso a pesar de ser el mismo café con leche medio rancia que no soportaba, la especialidad nacional, cuando asomó de nuevo la cabeza blanca del Dr. Curston. Se sentó a su lado, tomó su mano para sentir el pulso y cayó en otra de sus ensoñaciones. Fueron unos pocos minutos en que Halley vio al anciano deleitarse con la mezcla de sol y verde que entraba por la ventana, donde destacaba con nitidez hiperrealista el rojo de unos flamígeros australianos plantados en el patio del hospital. Los mismos árboles que inspiraron una novela de la Elspeth Huxley, recordó Halley: *The Flame Trees of Thika*, lectura que la inició en la cultura keniana.

Luego el médico le habló quedito, con su anticuado acento británico, aquél que había notado en muchos kenianos blancos descendientes directos de los primeros colonos. Curston le informó que un guardia civil, un *askari*, la había encontrado desmayada en un sitio vacío cerca del Club de Golf de Gigiri y que había avisado a la autoridad, creyéndola muerta. Los policías habían acudido lo más pronto que les permitían sus tareas y lo avanzado de la noche, y al cabo de una hora había llegado una ambulancia; pero que ella sólo había recobrado en algo el conocimiento cuando la trasladaban al hospital. Le hizo saber que estaba muy traumatizada, que había sido violada por vía vaginal y anal repetidas veces y que tenía contusiones diversas de mediana consideración; y que se había golpeado la cabeza, aunque al parecer sin consecuencias. Era una persona joven y lo había resistido bien, comentó sin la menor ironía. Según él, los mayores problemas consistían, por una parte, en la posibilidad alta de contraer enfermedades infecciosas; y por otra, en la eventualidad de quedar embarazada, ya que se había encontrado abundante presencia de semen en la zona genital. Fue gentil aunque crudo al expresar todo eso.

Le preguntó por sus menstruos, pero no pareció escuchar la respuesta de Halley, que le informaba eran normales. Agregó que le habían administrado diversos medicamentos, para prevenir consecuencias, pero era necesario que permaneciera algunos días en el hospital, ya que debía mantenerla en observación con controles periódicos durante un tiempo prudente. Le dijo que lamentaba esta situación, suspiró repetidas veces y sus ojos se pusieron acuosos. Cayó en otro ensimismamiento senil y luego le preguntó si estaba en condiciones de recibir a la policía, que estaba esperando para interrogarla. Ella se vio obligada a acceder a su petición.

—Llevamos más de 24 horas tramitándolos —agregó Curston con picardía mientras se dirigía hacia la puerta.

El médico salió y entraron los uniformados acompañados por la enfermera blanca, quien dedicó a Halley un guiño

amistoso y tranquilizador. Uno de ellos era un oficial joven que le hizo un saludo militar. Parecía muy nervioso. El otro, de más edad, al parecer un sargento, llevaba un enorme cuaderno y lápices para anotar las declaraciones. Ambos eran de la etnia *kikuyu*. Halley los distinguió por sus rasgos toscos y su particular dicción, carente de eles.

A los policías les contó la historia que tenía preparada: que estaba dando un paseo por Gigiri, como era su costumbre al atardecer, que había entrado al Club de Golf a admirar los jardines y prados, y que se había hecho rápido de noche. Al volver, sintió que varias personas la atacaban en la penumbra, que había tratado de defenderse, pero le habían puesto un saco en la cabeza para que no gritara y no viera donde la llevaban. Aclaró:

—Noté que me metían en el bosque por la mayor humedad y el frío. Luego me tiraron al suelo de espaldas. Mientras un par me sujetaba los brazos, otros me fueron violando sin tregua. Los fui sintiendo encima y adentro de mí y el dolor casi me hizo desmayar. Traté de desasirme, pero me golpearon la cabeza con algo a través del saco y perdí el sentido. Puedo dar fe de dos violadores, no sé sus nombres, sólo sé que eran africanos.

—¿Cómo está usted tan segura, *miss*, de que eran, este, africanos si dice que no veía nada? —preguntó el que comandaba.

—Lo sé —respondió tajante Halley— por los acentos, por el olor, por la sensación de la piel, por las voces guturales. Todo el tiempo estuvieron insultándome en *swahili*, mezclado con algunas palabrotas en inglés. Tratándome de puta blanca y esas cosas.

Halley se dio cuenta que estaba detallando demasiado la historia, y que los policías se sentían incómodos con los detalles escabrosos, amén de molestos por el desprecio a los negros que parecían revelar sus palabras.

—No tengo un pelo de racista —les aclaró con sorna—. Pero sé bien lo que pasó, aunque a ustedes les ofenda. Me gritaban insolencias —repitió—, casi todas con fuerte contenido sexual. No parecían conocerme en absoluto. Yo permanecí callada todo el tiempo, salvo cuando traté de gritar.

—¿Hablaban sólo *swahili*? —preguntó el oficial, que agregó ante el gesto de desagrado que vio en el rostro de Halley—: Quiero decir si hablaban *kikuyu* o *abaluya*. Tal vez otra lengua...

—Me pareció entender sólo *swahili* —replicó Halley.

—¿Le robaron? —preguntó el escribano. De paso, el pobre hombre anotaba con una extrema lentitud, como dibujando las palabras. Halley dudó de su capacidad para captar sus rápidas frases.

—Creo que sí —respondió—. Llevaba apenas cuarenta chelines en un monedero, más un libro. También tenía un llavero y un reloj.

—¿Serán éstos? —señaló el oficial, acercándole una bolsa plástica donde, en efectivo, tras una rápida revisión, la paciente comprobó que sus enseres estaban intactos, excepto el dinero. El monedero estaba vacío y el reloj quebrado. El libro lucía manifiestas manchas de sangre. Halley sintió un ataque de náusea y se puso pálida. La enfermera negra, que se hallaba vigilante, se le acercó con un vaso de agua y una píldora, que ella ingirió con asco. Dirigiéndose a los policías, la mujer les advirtió:

—¿Terminaron, señores? Creo que la dama ha tenido bastante por hoy y necesita descanso.

—Sólo una última pregunta, *sister* —retrucó el más joven—. Señorita Canary, ¿sería usted capaz de reconocer a sus agresores?

—Imposible —contestó con la mayor seguridad. Nunca les vi las caras —y agregó—: Estimo que eran tres, de eso estoy bien segura. Podría garantizar que dos

me sujetaban por brazos y piernas, mientras uno me violaba. No vi a ningún otro dedicado a mirar. Eso mientras conservé el conocimiento. Se turnaban, me imagino —remató, para escandalizar a los policías.

Los uniformados partieron con sus anotaciones, sin dejar antes de advertirle que debería proceder a presentarse, a la brevedad posible, en el cuartel de la policía para ratificar su declaración. Quedaba, pues, a disposición de la autoridad, que se comprometía a hacer lo posible por esclarecer los hechos y castigar a los responsables de tan desgraciado suceso, etc. Halley se había percatado hacía tiempo de la falta de humor de los *kikuyu*, incapaces de tomar distancia frente a cualquier hecho; eran gente proclive a tomar las cosas al pie de la letra y los policías que la habían interrogado respondían a esa imagen. La suya era una seriedad un tanto cómica y acartonada.

Volvió a aparecer el Dr. Curston para informarle que las visitas estaban prohibidas por el momento, pero que podía recibir regalos o pedir cosas. No había teléfono en la pieza, de modo que esperaba su comprensión para aceptar este aislamiento, que iba a durar poco. Le contó también que una amiga suya, Mary Ann Cowry, había traído los libros y flores que veía alrededor suyo. Halley pensó en la dulce Mary Ann y los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas. Pura autocompasión. Halley Canary no pensó en ese momento en emprender una investigación, como a la postre ocurrió. Fue una conversación con Clarence, la enfermera inglesa, lo que la impulsó a sentir curiosidad por el asunto. Ella le habló con un deje de menosprecio sobre esta sociedad asentada en la injusticia y la ignorancia, y donde todo se resolvía en estallidos de violencia, neutralizados vía descontroladas apelaciones a la fuerza bruta oficial.

—No son raras las violaciones de mujeres blancas en este país, Halley —le explicó, mientras compartían un té de despedida en la minúscula oficina de la enfermera—. En la mayoría

de los casos son turistas ricas y jóvenes que se exponen doblemente, por su dinero y su impudicia. Pero sí es raro que una persona perteneciente al mundo diplomático, como usted, haya sido atacada. No estamos viviendo momentos demasiado agitados en Kenia, y los potenciales transgresores de la ley son selectivos, ya que saben muy bien que la reacción de la policía es por lo habitual demoledora.

—Concuerdo con usted en que mi caso puede ser algo distinto —replicó Halley—, pero de todos modos creo que me arriesgué demasiado. Fui temeraria e irresponsable.

La mujer la miró con detenimiento durante un rato. Se notó que dudaba antes de decir:

—Yo le recomendaría que buscara una explicación más allá de lo delictivo. Revise sus actividades. Busque por si nota algo que le parezca poco claro. Tal vez hay gente que no la quiere. En este país existe mucha corrupción, no siempre los impulsos idealistas de jóvenes como usted son bien recibidos. Porque veo que usted, querida, no es una simple cabeza hueca, pienso que debe buscar la verdad. Para su propia tranquilidad mental.

Una vez que se despidió de la enfermera, Halley quedó pensando en la situación. Al principio desechó sus avisos; de seguro, su inconsciente rechazaba una sospecha que pugnaba por imponerse. Después comprobaría cuánta razón tenía esa mujer.

Una sola cabeza no puede contener toda la sabiduría
Proverbio *masai*